

EL DISCO CELESTE  
DE NEBRA



EL DISCO CELESTE  
DE NEBRA

La clave de una civilización extinta  
en el corazón de Europa

Harald Meller y Kai Michel

Traducción de Jorge Seca

Antoni Bosch editor, S.A.U.  
Manacor, 3, 08023, Barcelona  
Tel. (+34) 93 206 07 30  
info@antonibosch.com  
www.antonibosch.com

Título original de la obra: *Die Himmelscheibe von Nebra*

Copyright © Harald Meller y Kai Michel, 2019. Todos los derechos reservados.  
© de la traducción: Jorge Seca, 2019  
© de esta edición: Antoni Bosch editor, S.A.U., 2020

ISBN: 978-84-949331-0-3  
Depósito legal: B. 14228-2020

Diseño de la cubierta: Klaus Pockrandt  
Maquetación: JesMart  
Revisión técnica: Montserrat Menasanch  
Corrección de pruebas: Ester Vallbona  
Impresión: Akoma

Impreso en España  
*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Prefacio .....	7
Momento estelar .....	11
<b>Primera parte. El cielo forjado .....</b>	<b>25</b>
1. Arqueología secreta .....	29
2. Entre expoliadores de tumbas .....	47
3. El rastro de las estrellas .....	57
4. A juicio .....	77
5. En el laboratorio .....	83
6. «¡Falsificación!» .....	99
7. La fiebre del oro .....	107
8. El código de las estrellas .....	117
9. El arte de elaborar calendarios .....	127
10. «Su aliento es la muerte» .....	135
11. Metamorfosis .....	147
<b>Segunda parte. El Reino del disco celeste .....</b>	<b>157</b>
12. Más allá del Edén .....	161
13. Guerra por el territorio .....	173
14. Los guerreros de las estepas .....	181
15. Tiempos de esplendor .....	191
16. Las dos colinas .....	201
17. El misterio del poder .....	219
18. Fue asesinato .....	237

EL DISCO CELESTE DE NEBRA

19. La pirámide del norte .....	249
20. ¿Rey del disco celeste? .....	261
21. Ejércitos de la Edad del Bronce .....	277
22. Los primeros alquimistas .....	289
23. Las fuerzas del cosmos .....	301
24. La venganza de los dioses .....	331
Las siete enseñanzas del disco celeste y final abierto .....	363
Agradecimientos .....	371
Bibliografía .....	373
Créditos de las imágenes .....	397

## Prefacio

Pocos hallazgos arqueológicos recientes han tenido tanto impacto científico y social como la recuperación del disco de Nebra del mercado de antigüedades en 2002. Tres años antes, dos furtivos habían dado con este objeto singular de bronce y oro, oculto junto con varias armas, adornos y herramientas de metal igualmente excepcionales, mientras buscaban insignias y monedas en la montaña de Mittelberg, cerca de la pequeña localidad de Nebra, en el centro de Alemania. La recuperación pública de lo que hasta el momento es el primer calendario europeo y la localización del lugar donde fue colocado cuidadosamente hace unos 3.600 años desencadenaron una investigación frenética en la que se combinaron múltiples disciplinas y se desarrollaron nuevas metodologías. En la actualidad, la arqueología solo puede ser concebida como una ciencia multidisciplinar en la que confluyen conocimientos sobre física, química, geología, genética, sociología y antropología, entre otros muchos campos que, en el caso del disco celeste, incluyen también la astronomía. Harald Meller y Kai Michel ofrecen un relato fascinante de cómo se logró evitar que el depósito de Nebra se perdiese para siempre por la codicia de unos pocos, y de cómo esta investigación multidisciplinar ha revolucionado la visión que teníamos de la Edad del Bronce en Europa. En este sentido, estamos ante un libro de (pre)historia que es al mismo tiempo un manual de lo que puede ser la arqueología en el siglo XXI.

El disco de Nebra y su historia confirman una vez más lo simplistas y primitivas que suelen ser no las sociedades prehistóricas, sino nuestras visiones sobre ellas. Cada descubrimiento excepcional, como el

denominado Hombre de los Hielos del glaciar alpino de Similaun o los hallazgos de las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol en Menorca, ponen de manifiesto unas capacidades técnicas y cognitivas y unas formas de organización social y política que tendemos a negar en aquellas sociedades, quizá para evitar reconocer nuestras propias limitaciones, sobre todo en lo que a convivencia y satisfacción social se refiere. El disco celeste y la cascada de estudios e investigaciones a la que dio origen han proporcionado pruebas sólidas que tras la denominada «Cultura de Unetice», documentada en buena parte de Europa central entre 2200 y 1600 a.n.e., se esconde uno de los primeros Estados —es decir, el mismo tipo de organización política y social en la que la mayoría de la población mundial sigue anclada en el siglo XXI— del continente; un sistema, en síntesis, en el que una élite muy reducida —el famoso «1 %» al que aluden los actuales movimientos sociales— controla los recursos y los destinos de la inmensa mayoría, principalmente gracias a un cuerpo militar especializado y una administración centralizada.

Desde el siglo XIX se ha repetido que el origen de estos Estados o «civilizaciones» se encuentra en Egipto y Oriente Próximo. Desde allí, el sistema se habría introducido en Europa con las antiguas Grecia y Roma. El disco de Nebra ha puesto en duda este relato. Mientras que cualquier sociedad campesina del Neolítico era capaz de determinar las fechas clave del ciclo agrícola, la necesidad de acompañar el año lunar (354 días) con el solar (365 días) en realidad solo interesa a los Estados y sus dinastías. Ante esta paradoja, Harald Meller y otros investigadores comenzaron a dudar de que Unetice fuese sencillamente una sociedad de jefaturas basada en una economía doméstica.

La misma crisis del concepto «jefatura» como forma política típica de las sociedades prehistóricas complejas se había producido también en la investigación arqueológica de la península Ibérica, concretamente en relación con la denominada «cultura» de El Argar. El descubrimiento de la ciudad fortificada de La Bastida en 2012 y de la estructura palacial de La Almoloya un año más tarde, ambas en la actual provincia Murcia, reforzó todavía más la idea de que entre 2200 y 1600 a.n.e. surgieron sociedades con una clara centralización de los medios de producción y de la riqueza, y con una organización política y militar encaminada a fijar los privilegios de su clase dominante en el tiempo (herencia) y el espacio (territorio). Investigaciones futuras

deberán confirmar si también existieron estructuras de explotación y dominación similares en los Cárpatos (culturas de los *tells*) y a ambos lados del Canal de la Mancha (culturas de los *túmulos Armoricanos* y de *Wessex*). De momento sabemos que entre estas regiones y seguramente entre sus élites se establecieron vínculos económicos y ancestrales, como está mostrando la genética. Igualmente interesante es la repentina crisis y desaparición de todas estas sociedades alrededor de 1600 a.n.e., fecha de la ocultación del disco de Nebra en el monte Mittelberg y de los incendios que destruyeron muchos de los asentamientos de la sociedad de El Argar. Hasta la Edad del Hierro —un milenio después— no vuelven a encontrarse en Europa evidencias de una centralización política y económica similar, salvo en el mundo micénico. Aunque cueste imaginarlo, el Estado no es la única forma de organizar la convivencia social. Todas estas cuestiones, cuyo interés trasciende al estrictamente arqueológico, son abordadas en este libro por Harald Meller y Kai Michel.

La generación de conocimiento siempre está vinculada a personas concretas, pero depende sobre todo de las condiciones materiales en las que dicha generación tiene lugar. La historia que Harald Meller y Kai Michel nos presentan desde diferentes ángulos no hubiese podido escribirse sin una praxis de recuperación, investigación y difusión de la herencia pública («patrimonio»), social y científicamente comprometida. El motor de esta praxis es el Servicio Estatal de Arqueología y Patrimonio de Sajonia-Anhalt, un estado federal con unos 2,2 millones de habitantes y 20.450 km<sup>2</sup> de extensión, en el que ninguna excavación arqueológica de urgencia se deja en manos de empresas privadas para las que, inevitablemente, el beneficio económico prima en mayor o menor grado sobre el valor social del hallazgo. Personal altamente cualificado del propio Servicio interviene en los espacios amenazados por la construcción de carreteras, trazados ferroviarios, polígonos industriales, etc., y excava anualmente las evidencias arqueológicas de unas 250 hectáreas. El objetivo de la recuperación de este inmenso legado arqueológico e histórico no puede ser su —nueva— «ocultación» en almacenes. Por ello, la segunda responsabilidad del Servicio consiste en hacerlo accesible a través de publicaciones, documentales, prensa, exposiciones temporales y, sobre todo, del magnífico Museo de Prehistoria de Halle, una de las mejores instituciones museísticas de Europa. Los contenidos que se ofrecen al

público viven una constante ampliación y renovación a la luz de los nuevos descubrimientos, pero sobre todo de la investigación que lleva a cabo el propio Servicio con el apoyo de universidades alemanas y extranjeras. Y es que el tercer compromiso de un Servicio de Arqueología debe ser científico. No es posible socializar el pasado solamente mostrando ruinas y fragmentos si estos no se restauran y se investigan para desvelar las historias que conservan.

La vinculación entre, por un lado, excavaciones arqueológicas sistemáticas a cargo de organismos públicos y, por otro, programas de restauración, investigación y divulgación de los hallazgos, tal vez una obviedad a ojos de la ciudadanía, sigue siendo insólita en la mayoría de países, incluido el nuestro. Museos, universidades y servicios de arqueología tienden a ignorarse mutuamente, por lo que las escasas colaboraciones dependen de iniciativas y afinidades personales. La mayoría de las instituciones encargadas de la salvaguarda de la materialidad arqueológica se limitan a dejar constancia administrativa de la imparable destrucción de la herencia pública, al carecer de personal para estudiar los restos recuperados y de una vinculación estructural con museos, universidades y otros centros de investigación. Tal vez este libro contribuya también a concienciar de los beneficios sociales y culturales de una forma diferente de practicar la arqueología en el siglo XXI.

Roberto Risch

## Momento estelar

Sucedió a plena luz del día y no en una noche neblinosa, como se rumorea por ahí. Un cálido mediodía del mes de julio, dos personas provistas de detectores de metales se toparon en la montaña de Mittelberg, cerca de la localidad alemana de Nebra, con un tesoro de bronce y oro. Había espadas, hachas, brazaletes y también un curioso disco que ellos tomaron al principio por la tapa de un cubo. Ya al día siguiente, los expoliadores vendieron su botín a un traficante de obras de arte. Tendrían que pasar casi tres años hasta que pudo confiscarse ese hallazgo en una espectacular operación policial en Suiza. Uno de nosotros dos vivió aquellos hechos muy de cerca.

Desde entonces, el disco celeste de Nebra resplandece en el oscuro santuario del Museo Estatal de Prehistoria de la ciudad de Halle an der Saale y hechiza a sus visitantes. Con una antigüedad de más de 3.600 años, representa el cielo nocturno en una imagen de una belleza arquetípica, que parece recoger una experiencia humana primitiva. ¿Quién no conoce ese suave estremecimiento que nos sobreviene al contemplar de noche la infinitud del cielo estrellado sobre nuestras cabezas? El disco celeste une los misterios del pasado con los del universo. Una unión más que inspiradora.

En este libro se cuentan, por primera vez y de primera mano, las historias en torno a su rescate y la investigación que suscitó. Pero, ante todo, emprendemos la aventura de esbozar un panorama de aquella cultura extinta en el corazón de Europa de la cual procede. El disco celeste finalmente resulta ser mucho más que un objeto arqueológico maravilloso. Sin duda, sorprende comprobar todas las cosas que es.

## **Es un enigma**

Quien contempla el disco celeste, inevitablemente se pone a cavilar. Cualquier niño o niña cree reconocer en él el sol, la luna y las estrellas. Ahora bien, esos cuerpos celestes no brillan nunca juntos en el firmamento. ¿Tal vez el gran círculo dorado representa más bien la luna llena en lugar del sol? Pero entonces ¿por qué aparece la media luna? ¿Y qué es ese barco que navega por el borde del disco? ¿Y esos arcos? ¿Y esas siete estrellas?

Semana tras semana llegan al museo sugerencias acerca de lo que podría ocultarse tras el misterio del disco celeste, cartas que pesan más de dos kilos. Y no es que el museo haya convocado un concurso ni haya solicitado ayuda al respecto. Las cartas llegan de manera espontánea. Hay de todo en ellas, desde complicados cálculos astronómicos sobre calendarios menstruales basados en las fases lunares, hasta el aviso del próximo fin del mundo. Incluso llega a pensarse en máquinas complejas, capaces de llevar a cabo las acciones más maravillosas, cuya pieza central sería este disco celeste. Es como la esfinge: no deja en paz a quien lo contempla hasta que encuentra una solución para su enigma.

## **Es una provocación**

El disco celeste obliga también a la ciencia a dar respuestas. Enterrado en torno al año 1600 a. C., es la representación concreta del cielo más antigua hallada hasta el momento. No representa los astros como dioses, vírgenes o animales míticos, tal como sucedía en las culturas de la Antigüedad, sino que nos muestra los cuerpos celestes de una manera muy naturalista, tal como se presentan a los ojos humanos en el cielo: como objetos brillantes de distintas formas y tamaños. ¿De dónde proviene ese racionalismo temprano? ¿Qué conocimiento ancestral esconde?

Si la representación del cielo más antigua de la historia universal hubiera sido descubierta en Egipto, Mesopotamia o en la antigua Grecia, nadie se habría sorprendido. Los expertos habrían chascado la lengua en señal de reconocimiento, pero eso habría sido todo. Sin embargo, el hecho de que proceda de una época a la que nuestros

libros escolares no dedican ninguna frase, una época muy anterior a los celtas y a los germanos, convierte a este disco en un enigma, en una provocación incluso, puesto que cuestiona los conocimientos que poseemos hasta el momento sobre nuestro propio pasado.

### **Es un momento estelar de la humanidad**

¿No resulta cuando menos curioso? El disco de Nebra nos ofrece el testimonio de un momento estelar de la humanidad y nosotros no tenemos prácticamente ni idea acerca de la cultura en la que surgió. Entretanto se ha reconocido de manera oficial que se trata de una genialidad. La UNESCO lo ha calificado como parte de la «herencia documental del mundo», tal como se dice en alemán. De acuerdo, en alemán suena como si se le hubiera concedido un puesto de honor en el salón de la fama de la burocracia. La denominación en inglés, *Memory of the World*, quizá sea más acertada: la UNESCO asigna al disco celeste un puesto en la memoria del mundo, al lado de la Carta Magna, la Biblia de Gutenberg, la Declaración francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y la Novena Sinfonía de Ludwig van Beethoven.

Y con razón. ¿No dijo ya Aristóteles que en el origen de la filosofía se encuentra el asombro que experimentamos las personas al mirar el cielo nocturno? Desde entonces, a nuestros antepasados ya no les interesó la mera supervivencia; fueron más allá de las condiciones de su existencia e intentaron comprender las leyes del mundo y del cosmos. Tampoco hoy en día existe nada que nos haga percibir con tanta claridad nuestra propia ignorancia como la inmensidad del cosmos; ni hay nada que continúe fascinándonos más que el universo. Es el mayor misterio de todos los tiempos.

El disco celeste documenta el intento sistemático más antiguo que se conoce de indagar en ese misterio, lo que le asegura un puesto de honor en la memoria cultural de la humanidad. El hecho de que podamos estar confrontándonos con un instinto humano primitivo, algo así como una constante antropológica, lo indica su sorprendente similitud con un objeto extraordinario de nuestro tiempo, un objeto que, de manera provisional, marca el punto final de lo que dio comienzo con el disco celeste.

Nos referimos al «Disco de oro de las Voyager» que fue montado en 1977 en las sondas Voyager lanzadas al espacio por la NASA. Su misión es ofrecer información sobre la vida en la Tierra a seres extraterrestres. Para tal fin, ese disco de oro contiene saludos en 55 idiomas, fotografías, y también definiciones matemáticas y físicas. Jimmy Carter, presidente de los Estados Unidos de América en aquel momento, incluyó el siguiente mensaje: «Este es un regalo de un mundo pequeño, muy alejado, una muestra de nuestros sonidos, de nuestra ciencia, de nuestras imágenes, de nuestra música, de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos. Intentamos sobrevivir a nuestra época para poder vivir en vuestro tiempo». Entretanto, el disco de oro es el primer objeto construido por el ser humano que ha abandonado el sistema solar.

Aunque hay más de 3.600 años entre esos dos objetos, muchas cosas los unen. En primer lugar, su sorprendente parecido: si el disco celeste hubiera permanecido oculto y hubiera sido desenterrado dos décadas antes de los años setenta del siglo pasado, estaríamos seguros de que había servido de inspiración al equipo de investigadores dirigido por el famoso astrónomo Carl Sagan. Tanto el disco celeste como el disco de oro son discos redondos, aproximadamente del mismo tamaño que un elepé. Ambos están compuestos principalmente de cobre; en uno se ha refinado con estaño para formar bronce; en el otro ha recibido un baño de oro. Y en ambos, el oro sirve para transmitir los mensajes.

En segundo lugar, ambos son mensajes a inteligencias no humanas. El disco de oro quiere informar a alienígenas sobre la vida en el planeta Tierra. El disco celeste de Nebra fue enterrado como ofrenda a las fuerzas sobrenaturales. ¿Por qué? Esta es una de las grandes preguntas de este libro.

En tercer lugar, ambos responden a la misma motivación, al mismo impulso ancestral, el no detenerse ante los límites de nuestro mundo. «La investigación forma parte de nuestra naturaleza», dice una famosa cita de Carl Sagan. «Comenzamos como caminantes y seguimos siendo caminantes. Nos hemos demorado ya suficiente tiempo en las orillas del océano cósmico. Es hora de izar las velas y de partir hacia las estrellas.» Ambos discos deben su existencia a este anhelo. El disco celeste documenta la primera chispa del deseo de comprender el enigma del universo; con él, los seres humanos nos situamos

en el mirador al borde del océano cósmico. En cambio, el disco de oro convierte en realidad ese deseo 3.600 años después; con la sonda Voyager, la humanidad izó las velas para abandonar los límites del sistema solar. El disco celeste y el disco de oro son el alfa y el omega del asalto humano a los cielos.

### **Es un mensaje en una botella**

Carl Sagan describió el disco de oro como «un mensaje en una botella arrojada al océano cósmico». Y esa metáfora es válida también para el disco celeste de Nebra. Ciertamente no viajó por el océano del espacio, pero sí por el de los milenios. También él esconde el mensaje de una cultura desaparecida hace mucho tiempo. Por ello nos sentimos de alguna manera solidarios con los pobres extraterrestres que algún día tendrán que ponerse a averiguar qué extraña cápsula del tiempo es ese disco de oro que el azar galáctico les ha puesto entre las manos (si es que tienen manos). Ellos se formularán las mismas preguntas que nos formulamos nosotros con el disco celeste: «Por todos los cielos, ¿qué es esto?». «¿Nos está gastando alguien una jargarreta?» «Y si este objeto fuera auténtico: ¿quién lo hizo? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cuál es su mensaje?» «¿Qué aspecto tiene el mundo del que procede?»

Nadie andaba tampoco a la búsqueda del disco celeste. Igual que ocurre con las botellas que contienen un mensaje, fue más bien el azar el que hizo que uno de nosotros dos, Harald Meller, se topara con él. No fue durante un paseo por la playa, sino mientras estaba sentado en un sofá de estilo Biedermeier en el Palacio Charlottenburg de Berlín. En esta ocasión, la botella con mensaje adoptó la forma de unas fotos de mala calidad y lo pilló totalmente desprevenido. Junto con la fiscalía general del Estado y la brigada de investigación criminal de la policía, se puso a la caza de los expoliadores de tumbas y el traficante de obras de arte que se habían hecho con el disco, siempre con el temor de no andar más que tras una quimera. Finalmente, Meller se puso a disposición de la policía suiza como señuelo para confiscar el disco en una operación policial absolutamente dramática (al menos para él). No es habitual para un arqueólogo tener que actuar como agente secreto. El hallazgo del disco celeste fue tan inespera-

do como inimaginable: nadie habría considerado la posibilidad de que existiera un objeto similar en la Europa Central de hace algunos milenios. El disco era todo un interrogante. Primero había que hallar el mundo del que procedía. Por ello existieron algunas resistencias al principio. Surgieron dudas: esa cosa, ¿era realmente auténtica? ¿Procedía de verdad de Sajonia-Anhalt? ¿Era cierta su datación en más de 3.600 años? Kai Michel, el otro autor de este libro, ya estaba documentándose por aquel entonces para una colaboración en el semanario *Die Zeit*, con el fin de aclarar qué había de cierto en las acusaciones de que el disco era una falsificación. Cuando llegó a la conclusión de que esas acusaciones eran infundadas, el artículo pasó de la portada a las páginas interiores de la sección de ciencia. Desde entonces, Michel acompaña estas investigaciones en torno al disco celeste en calidad de periodista científico e historiador, anduvo a la búsqueda del oro del disco celeste y participó en el descubrimiento del que tal vez sea el primer asesinato documentado de un príncipe en la historia universal.

Por supuesto, la tarea de intentar descifrar el mensaje de nuestra botella resulta más sencilla para nosotros que para los hipotéticos extraterrestes que encuentren el disco de oro. No en vano nosotros pertenecemos a la misma especie que los creadores del disco celeste. Y no puede decirse que la Edad del Bronce centroeuropea sea una desconocida para nosotros. A pesar de que el trabajo de los arqueólogos en ese sentido no haya calado aún demasiado entre la opinión pública, estos han hecho una gran labor. Ahora bien, la información de que se disponía no encajaba bien con nuestro hallazgo, ya que este parecía transmitir mensajes de una cultura mucho más compleja de lo que se consideraba que era la temprana Edad del Bronce europea. Así que nos pusimos manos a la obra. La tentación de ser los primeros en leer el mensaje de esa botella de casi cuatro milenios de antigüedad era enorme.

### **Es la clave de una cultura desconocida**

Por eso, un gran número de expertos se pusieron a investigar el disco con los medios más sofisticados de los que disponían, desde arqueólogos, astrónomos y arqueometalúrgicos, hasta físicos, químicos y

geólogos. Se pusieron todos los medios para descifrar hasta el último secreto de ese conjunto. Desde entonces, el disco celeste forma parte de esos objetos arqueológicos que reúnen la mayor producción científica por centímetro cuadrado de superficie.

De momento, sabemos con detalle cómo se elaboró, qué estrella fue la primera en ser fijada, cuántos artistas distintos de la Edad del Bronce trabajaron en él, cuánto tiempo estuvo en uso, de dónde procedían el cobre y el oro, y sabemos también que codifica un extraordinario conocimiento astronómico de una manera elegante. El disco celeste, digámoslo así por ahora, es el producto de un mundo globalizado cuyas conexiones alcanzan desde Stonehenge hasta Oriente.

¿Cómo es posible? Para averiguarlo se puso en marcha una investigación sin precedentes. Los arqueólogos detectaron impresionantes santuarios y el mayor túmulo de la Europa Central; los antropólogos reconstruyeron el estado físico de la población a partir de sus esqueletos, los análisis genéticos desvelaron la procedencia de aquellos seres humanos de la Edad del Bronce. El disco celeste resultó ser la llave adecuada para abrir el portón de un mundo desconocido hasta entonces. Fue como iluminar la oscuridad con una linterna. Al principio distinguíamos únicamente contornos, que fueron adquiriendo cada vez más nitidez a medida que nuestros ojos se acostumbraban a aquella penumbra.

En este libro vamos a hablar por primera vez de lo que vimos allí; en él ofrecemos la descripción de una cultura extinta, un reino olvidado con príncipes y reinas, una primera Edad de Oro de Europa.

### **Es el comienzo de nuestro mundo**

Por último, aunque no menos importante, el disco celeste es también una clave para descifrar nuestra propia historia. Nos permite practicar una suerte de arqueología de la sociedad moderna. Resulta fascinante observar cómo un conocimiento muy desarrollado hizo surgir una sociedad a la que vamos a conceder el rango de «primer Estado» en la Europa Central. Esa sociedad del conocimiento no solo inventó la producción en serie, sino que dio lugar a un poder y una riqueza de una magnitud hasta entonces desconocida. El resultado fue una escisión entre los de arriba y los de abajo, entre pobres y ricos, que a la lar-

ga tendría consecuencias fatales. Además, esta sociedad revolucionó el mundo de la fe: los santuarios excavados testimonian el origen de un tipo de religión que dominaría los tiempos desde entonces. Y los análisis más recientes muestran que, en esa época, se formaron tanto el perfil genético como lingüístico de nuestro continente. Todos nosotros somos herederos y herederas del mundo del disco celeste.

Estamos ante unos avances que, en última instancia, transcurrieron de una manera diferente de los que conocemos de las tempranas civilizaciones de Oriente. Son unos avances que plantean un interrogante acerca de lo que, en la actualidad, deberíamos entender por «cuna de la civilización». Sin duda, la Edad del Bronce europea no nos ha dejado las magníficas ruinas ni los vestigios que existen en Egipto o Mesopotamia. Es posible que no encontremos ninguna Nefertiti. Eso se debe probablemente a que el experimento que llamaremos Estado fracasó en suelo europeo y a que, durante mucho tiempo, se tomaron otras vías, pero no, como se acepta generalmente, a que sus pobladores fueran «primitivos» y «bárbaros». El disco celeste es la mejor prueba en contra de esa afirmación. No. Aquí fueron otras las condiciones; aquí fracasó el intento de establecer de manera permanente una sociedad con soberanos similares a dioses, como ocurrió en Oriente. El experimento de una desigualdad desmesurada en la sociedad condujo al colapso tras un breve periodo dorado; y descalificó el despotismo en Europa durante muchísimo tiempo.

\* \* \*

Enigma, provocación, momento estelar, mensaje en una botella, clave de una cultura extinta, comienzo de nuestro mundo: son motivos más que suficientes no solo para otorgar al disco celeste un lugar en la memoria del mundo, sino también a la cultura que nos lo brindó: la cultura Unetice, conocida hasta el momento solo por los especialistas.

¿Cuántas cosas no conocemos ya de Egipto, de los imperios a orillas del Éufrates y del Tigris, de los incas, de los mayas y de los aztecas? Sin embargo, una de las culturas más sorprendentes de nuestro propio pasado, ¡nos es absolutamente desconocida! Y ello, a pesar de que la opinión pública muestra un interés mayor que nunca por la arqueología. Esto queda demostrado solo con echar un vistazo a la programación diaria de la televisión. Ahora bien, curiosamente apenas

nos enteramos de nada acerca del hondo pasado de nuestro propio continente. Como máximo se habla de los celtas y de los germanos y, por supuesto, de Stonehenge y de Ötzi, pero ¿quién sabe qué aspecto tenía el mundo al norte de los Alpes hace más de 4.000 años?

También los libros de texto escolares se ocupan sobre todo de las grandes civilizaciones del Próximo Oriente y de la cuenca mediterránea. El mensaje parece claro: aquí, en el corazón de Europa, no habrá habido apenas más que tribus primitivas que, cuando no andaban rompiéndose las cabezas, cultivaban esforzadamente sus terrenos y pastoreaban sus rebaños. Nada de lo que merezca la pena hablar.

Dígamoslo sin ambages: la prehistoria de Europa llevó durante la mayor parte del tiempo una vida de Cenicienta. La investigación tuvo que lidiar con la desventaja de tener que apañárselas sin fuentes escritas. Y cuando se depende solamente de huesos, de fragmentos de cerámica o de hoyos para postes, resulta difícil contar historias cautivadoras. Este desinterés por el pasado propio procede también del menosprecio, heredado del siglo XIX, por las culturas sin escritura: se decía que la época anterior a los romanos no era digna de reseñarse en la historia, pues lo histórico era algo que solo podía atribuirse a aquellas «civilizaciones» que habían desarrollado el elevado arte de la escritura. Todo lo demás era únicamente prehistoria, a la que seguían los verdaderos logros de la humanidad.

Se aprovecharon de la circunstancia de que el mapa de la Europa prehistórica estuvo durante mucho tiempo compuesto por muchas manchas blancas. No había nada que pusiera límites a la imaginación. Por esta razón, en las representaciones especializadas solía aparecer llamativamente la niebla, los druidas realizaban procesiones a la luz de las antorchas y fulgía a la luz de la luna el oro en el pelo de las vírgenes que estaban al servicio de la diosa madre. También puede incluirse en este contexto el abuso que la ideología nacionalsocialista del *Blu und Boden* [«Sangre y tierra»] hizo de la prehistoria. La ausencia de hechos es terreno abonado para las teorías más burdas.

Por todos estos motivos ha habido muy poca preocupación por la prehistoria europea, cuando no ha sido silenciada por completo. Un ejemplo destacado es uno de los libros de arqueología de mayor éxito de todos los tiempos, *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram, que sigue reeditándose en la actualidad. Tiene capítulos dedicados a las pirámides, a los zigurats de Babilonia y a los palacios asirios en las

arenas del desierto. Sin embargo, la prehistoria de Europa, dejando aparte la antigua Grecia, no tiene ningún capítulo en esa «novela de la arqueología» basada en hechos. Ni siquiera a Stonehenge le dedica Ceram más que media frase, y ello únicamente porque un egiptólogo cosechó allí sus primeros éxitos como excavador.

Todo esto ha cambiado radicalmente en estos últimos años. El empleo de métodos utilizados en las ciencias naturales ha revolucionado la arqueología. En la actualidad puede hacerse hablar incluso a los objetos más insignificantes: el polen revela el clima; los anillos en los troncos de los árboles, la edad; el esmalte dental proporciona información sobre el origen de los seres humanos; los huesos, sobre su alimentación. Los genetistas reconstruyen las relaciones de parentesco y detectan epidemias antiquísimas; los análisis de isótopos y las proporciones de los elementos cuentan de dónde proceden los metales, y los antropólogos desvelan, a partir de los esqueletos, algunos excesos violentos de la prehistoria. Ya no dependemos en absoluto de la escritura para reconstruir nuestra historia.

Precisamente las investigaciones de la genética molecular de estos últimos años han transformado nuestra visión de Europa. Prácticamente a un ritmo semanal aparecen investigaciones de herencia genética milenaria, llamado *ADN antiguo*. Estas investigaciones muestran qué movimientos migratorios se originaron en Europa, en qué momento aparecieron por primera vez qué enfermedades, y ponen al descubierto nuestra propia herencia genética. Por decirlo de otra manera, vuelven a poner la carne en los huesos desenterrados por los arqueólogos.

Al mismo tiempo se está volviendo cada vez más claro lo erróneo que es examinar tan solo ese periodo relativamente corto de la historia de la humanidad que está iluminado por las fuentes escritas. Los restantes periodos, que conforman más del 99 % de la historia de la humanidad, son como mínimo igual de importantes. Y es que, en aquel tiempo en que los seres humanos vagaban por el mundo en grupos igualitarios como cazadores y recolectores, se desarrollaron los modelos de conducta, las predisposiciones psicológicas y las intuiciones morales que han influido y siguen influyendo en la vida humana hasta la actualidad. Si deseamos entendernos a nosotros mismos, tenemos que saber de dónde venimos. Entonces entenderemos también por qué seguimos luchando en el mundo moderno una y otra vez con

los mismos problemas. Esto convierte a la prehistoria en la auténtica historia de la humanidad. Ella es la que nos ha marcado con mayor fuerza, más que los momentos excepcionales en Egipto o a orillas del Éufrates y del Tigris, por muy espectaculares que sean los testimonios que esos imperios nos han legado de sus esplendorosas épocas.

Gracias a esta perspectiva sobre la historia del *Homo sapiens*, autores como Jared Diamond o Yuval Noah Harari están cosechando grandes éxitos. Los temas que ellos tratan con la vista puesta en la historia global de la humanidad, nosotros los demostraremos con el ejemplo de nuestro pasado europeo. Vamos a relatar la prehistoria, perdón, la historia de nuestro propio tiempo, al menos de aquella a la que nos conduce el disco celeste. De esta manera tendremos claro qué encrucijada decisiva nos marca este hallazgo, que probablemente fue creado entre los años 1800 y 1750 a. C. y depositado en la tierra alrededor del año 1600 a. C.; y, al mismo tiempo, conoceremos también qué problemas aparecieron en el mundo con el comienzo de la Edad del Bronce, que siguen acompañándonos en la actualidad.

Si podemos hacer esto es porque el disco celeste de Nebra sacó provecho de una manera impresionante de las posibilidades que se abrieron a la arqueología gracias a la revolución en las ciencias naturales. Además, el disco celeste fue por sí mismo un acicate para una ofensiva investigadora en cuyo estadio final podemos perfilar la imagen de una grandiosa cultura extinta. De todas estas cosas trata este libro.

\* \* \*

Tal como ya hemos mencionado, uno de nosotros dos rescató el disco celeste para el público en el año 2002. Desde entonces, a Harald Meller, en calidad de director del Museo Estatal de Prehistoria de Halle y de arqueólogo territorial del estado federado de Sajonia-Anhalt, le incumbe la restauración y la presentación, pero sobre todo también la coordinación de las investigaciones en torno a este hallazgo histórico y el mundo de la Edad del Bronce. Trabajó y sigue trabajando con él una red internacional de especialistas, pertenecientes a diversas disciplinas, que ya han abordado dos proyectos de investigación de la Sociedad Alemana de Investigación. Así pues, nadie mejor que él puede dar información sobre el disco celeste de Nebra y la extraordinaria cultura que lo creó.

Gracias a la inmensa adquisición de conocimientos de estos últimos años, estamos por primera vez en disposición de escribir una nueva «novela de la arqueología» basada en hechos pese a la ausencia de fuentes escritas, y ello sin correr el peligro de precipitarnos en relatos fantásticos o en oscura charlatanería. Ciertamente, nos sentimos un poco más cerca de *Dioses, tumbas y sabios*, cuyo éxito no se fundamentó en último lugar en la convicción de Ceram de que no existe nada más emocionante que conducir al lector exactamente «por la misma senda» que recorrieron también los científicos. Por tanto, usted estará presente tanto en el rescate del disco como en las investigaciones que se iniciaron a partir de su descubrimiento; revivirá el proceso judicial en el que se trató sobre la autenticidad del hallazgo, participará en la búsqueda del oro y en las excavaciones que expusieron a la luz del día el Reino del disco celeste. Cavilará sobre sus mitos y asistirá a los dramáticos sucesos que conmovieron a toda Europa y que condujeron a que el disco celeste iniciara aquel viaje al mundo subterráneo que algunos milenios después nos lo pondría en nuestras manos.

Sin duda es ambicioso el intento de bosquejar el panorama de una cultura que no posee escritura. Aún nos faltan muchas más piezas del puzle de las que deseáramos. Sin embargo, las piezas ya descubiertas pueden reunirse para formar una visión de conjunto de una coherencia asombrosa. Algunos aspectos son solamente especulación argumentada, pero eso es también lo que ocurre en nuestra visión de Stonehenge, de Ötzi o de Troya. Las especulaciones forman parte de la arqueología. Sin embargo, no vamos a dejar nunca al lector con la incertidumbre de si se trata solo de una especulación, y siempre les señalaremos algunas interpretaciones alternativas. A cambio tenemos por ofrecer una arqueología puntera: el lector de este libro se enterarán de muchas cosas antes que nadie.

Por supuesto, estaría muy bien poseer las sagas y las leyendas, las epopeyas y los conjuros del Reino del disco celeste. ¡Qué no daríamos por un Homero del Norte que nos transmitiera mensajes como los que pueden leerse en *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien: «¡En pie, en pie, jinetes de Théoden! Un momento cruel se avecina: ¡fuego y matanzas! Trepidarán las lanzas, volarán en añicos los escudos, ¡un día de la espada, un día de sangre antes de que ascienda el sol! ¡Galopad ahora, galopad! ¡Galopad a Gondor!».

Ahora bien, nosotros también tenemos algunas cosas que ofrecer a la manera de Tolkien: unos anillos del poder, túmulos de un blanco resplandeciente, jinetes de las estepas, espadas legendarias... Por no mencionar los sacrificios humanos y un Stonehenge en tierras alemanas. Así pues, ¡bienvenido o bienvenida a la cultura Unetice, al mundo del disco celeste de Nebra, el reino más poderoso del cual haya oído usted hablar jamás.

